

Qué es el público

LAS ARTES MAGICAS

Por Eugenio MONTES

V

Decíamos ayer que desde Benavente el teatro español se convirtió en una especie de tertulia o grupo de conversadores sin objeto que, arrellenados en cómodas butacas, cruzan las piernas y las frases exactamente como en cualquier café o bar de la calle de Alcalá. En Benavente mismo este teatro conversacional es a menudo ingenioso y brillante; en sus imitadores y discípulos, mucho menos dotados, suele ser tartamudo y opaco, pero siempre en unos y en otros un juego de palabras cruzadas, de pallique de vagos y cháchara o charla sin finalidad ni para qué. La imaginación, el hallazgo de conflictos y de ambientes insólitos, el descubrimiento de mundos distintos del que nos rodea todos los días, eso está rigurosamente prohibido en nuestra escena, condenado a destierro perpetuo como las ideas y la emoción. Pero en eso precisamente, en eso que se ha prohibido y desterrado, consiste la esencia del teatro, el cual por definición debe presentarnos vidas diferentes de las que vivimos, conflictos en los que nunca nos hayamos encontrado, seres que no hayamos jamás conocido, planetas ideales, orbes imaginarios que no hayamos habitado nunca, pero que quisiéramos habitar.

El verdadero teatro ha sido siempre magia, milagro, y así se le llama y se le considera cuando aparece en la Historia occidental. Pero el milagro es lo contrario de lo habitual, lo que súbitamente supera la cotidianidad, la excepción por todo lo alto, el trasmundo luminoso y numinoso que en su fugacidad nos arranca del aquí y del ahora, aquí y ahora, y nos hace evidente lo que nuestros ojos empadronados no ven ni en la calle, ni en la oficina, ni en la tertulia, ni en la sala de visitas, ni en la casa de huéspedes, ni en el comedor.

Un relámpago de luz
que el aire de sombra escriba,

como definió Lope, el relampagueante y milagroso Lope, con su teatro todo movimiento y fantasía, todo dinamicidad, arretrato y encantamiento. Lo contrario del teatro madrileño de hoy, donde no pasa nada ni nada acontece fuera de un mero cotorreo hueco y vano.

Ahora bien: el hablar por hablar, si es algo, es literatura, y puesto que no sirve a una visión original ni a una plenitud de contenido, mera retórica. De la peor especie: la que no tiene conciencia de serlo y se desconoce a sí misma.

Ha ocurrido aquí algo semejante a lo que sucede en los banquetes con esos señores que a la hora de los brindis se levantan diciendo que no son oradores ni saben hablar y por eso no van a decir más que dos palabras, sólo dos palabras. Luego, con tartamudas variaciones sobre el mismo tema, reiterando que sólo van a ser dos palabras, que van a concluir en seguida, no acaban nunca, dicen veinte mil y, haciendo mala oratoria, se están hasta la afección. O hasta que los comensales huyen. Es que, en última instancia, los únicos capaces de no hacer literatura son los verdaderos literatos, pues sólo puede renunciar a una el que la posee, y con tanto más facilidad renuncia cuanto menos difícil le es volver a poseerla.

Los directores de periódicos saben muy bien lo que tienen que hacer cuando reciben una nota suplicada en que los vecinos de un barrio comienzan afirmando que no van a hacer literatura, sino que los empuja una necesidad práctica. Inmediatamente lo encargan a un redactor que ponga



VALLE INCLÁN

en concreto esa retórica vaguedad. Y, en efecto, el escritor, el literato, dice en una línea lo que a los comunicantes se les olvidó decir en doscientas: que se ha roto la cañería de la calle o se ha desarreglado la luz eléctrica.

El literato profesional le llama al sol, sol, y a la luna, luna, con el vocablo exacto, concreto y limpio. Pero una dueña de casa de huéspedes que yo he conocido solía llamarle al sol, rubicundo Febo, y a la luna, pálida Selene.

De modo parejo los literatos malos le llaman teatro a una mala literatura y "literatura" al teatro bueno, ascéticamente despojado de palabrería y reducido a pasión y acción sustancial. Por ejemplo, al de don Ramón del Valle-Inclán, que, porque es teatro de verdad, no lo representan. Ahí hay pasiones directas de tamaño gigante y expresadas con sobriedad absoluta, porque cuando se tiene la palabra esencial las otras sobran. Ahí se coloca al espectador en un ámbito donde todo es extraordinario, siendo a la vez hogareño, sencillo, patriarcal.

Fun a casa do meu compadre,
fun polo vento, vin polo aire,
fun polo aire, vin polo vento,
festa é cousa de encantamento.

Precisamente por eso los del cotorreo y cotorreo escénico lo han puesto en el índice.

Pero al rebajar el teatro a vida ordinaria retóricamente ornamentada, a vulgar parloteo, para "quedarse con el público", han conseguido ahuyentar a minorías y mayorías, a los intelectuales y al pueblo. A los intelectuales porque no soportan las cosas fuera de su sitio, o sea porque aman la literatura. Y al pueblo porque ama el teatro, porque quiere evadirse alguna vez de la circunstancia que le oprime, y trasmigrar de su pobre vida a otra fabulosa y diversa, o sea porque le gusta el milagro, la ilusión, el vuelo.

Ilusionado iba a los corrales, cuando el teatro era aquel de la Vega Lope que pudo decir, en verdad:

Las artes hizo mágicas volando.

Ilusionado va ahora al cine, donde le hablan en inglés, idioma que no entiende, y le dan en imágenes eso: vuelos, alas, ingravidez, albedrío, victorias sobre la servidumbre del espacio y del tiempo, galopes de caballos, fantasmas, horizontes. Al cine, que es imagen en acción, imaginación, el "petit Dieu" de Leibniz, "l'interna mágica".